

Malla Nunn

Que los muertos descansen en paz
El segundo caso del detective Cooper

Traducción del inglés de
Clara Ministral

 Siruela

Nuevos Tiempos

A mis padres, Courtney y Patricia Nunn

Prólogo

París (Francia), abril de 1945

La luz intermitente del letrero de neón de un hotel iluminaba el estrecho callejón adoquinado. Los chubascos caídos por la tarde sobre las Tullerías y el Boulevard Saint-Germain habían dejado un frescor primaveral en la noche, pero los bares de los soldados estadounidenses despedían calor. Un intenso olor a cuerpos sudorosos, alcohol derramado, humo de cigarrillos y perfume impregnaba el ambiente. Emmanuel se alegró de no estar dentro de uno de esos locales abarrotados. Un grupo de soldados negros entró en un club subterráneo en la esquina de la Rue Véron y el sonido de una canción de jazz interpretada por una trompeta inundó la noche. Emmanuel iba caminando por el resbaladizo callejón con tres taquígrafas risueñas y con Hugh Langton, un corresponsal de guerra de la BBC con contactos impecables en el mercado negro.

—Es ahí arriba —dijo Langton—. Dos habitaciones dobles en la cuarta planta. No os importa subir unas cuantas escaleras, ¿verdad, chicas?

Cinco días de descanso antes de volver a las latas de carne en conserva y a la sucesión de ciudades arrasadas. Emmanuel tenía cinco días para olvidar. Cinco días para construir nuevos recuerdos encima de las imágenes de iglesias y personas destrozadas. La morena del trío se acurrucó contra él y le plantó un apasionado beso en la nuca. Emmanuel apretó el paso, ansioso por sentir el contacto de la piel de aquella mujer contra la suya.

El letrero del hotel iluminó un portal situado un poco más adelante. Unas piernas desnudas, pálidas y cubiertas de gotas de lluvia, sobresalían hacia la calle. En la penumbra de la entrada se veían el borde rasgado de una falda y un monedero abierto.

–*Mon Dieu...* –la morena se tapó la boca con sus finos dedos–. *Regardez! Regardez!*

Emmanuel le quitó el brazo del hombro y se acercó. Otro destello de las luces de neón iluminó el cuerpo robusto de una mujer desplomada contra una puerta. La solapa de su mugrienta chaqueta tenía un agujero lleno de sangre, lo que indicaba la presencia de la herida de entrada de un proyectil de pequeño calibre. Los ojos inexpresivos y la mandíbula flácida hacían pensar en un viajero que había perdido el último tren y que ahora tendría que pasar la noche a la intemperie. Emmanuel comprobó si tenía pulso, por formalismo más que por necesidad.

–Está muerta.

–Entonces llegamos tarde para ayudar –dijo Langton empujando a las taquígrafas hacia el hotel Oasis. Aquel pequeño contratiempo podía abatir los ánimos considerablemente–. Le diré al conserje que llame a la policía.

–Bien –contestó Emmanuel–, yo voy a buscar a un gendarme y ahora os alcanzo.

Langton llevó a Emmanuel hacia un lado.

–Permíteme que te señale algo obvio por si se te ha pasado, Cooper. Mujer muerta. Mujeres vivas..., en plural. Vámonos de aquí echando chispas.

Emmanuel no se movió. Un petate con raciones de combate de sobra y una habitación de hotel caliente con pastillas de jabón y toallas limpias significaba que las taquígrafas esperarían. Así era el frío pragmatismo de la guerra.

–Bueno, bueno, está bien –dijo el inglés mientras llevaba a las mujeres hacia la luz parpadeante del letrero de neón–. No te quedes aquí fuera toda la noche. Tendrás todos los muertos que quieras cuando vuelvas al campo de batalla.

Eso era verdad, pero abandonar un cadáver en una ciudad en la que se había restablecido el orden público era insultante. Emmanuel encontró a un policía rechoncho disfrutando de un cigarrillo bajo un cerezo en flor y, una hora más tarde, un ins-

pector de tristes ojos castaños con una sensacional nariz aguileña y una incipiente calvicie llegó al lugar del crimen. Se asomó al interior del portal.

—Simone Betancourt. Cincuenta y dos años. Ocupación oficial: lavandera —anunció. La identificación, pronunciada en inglés con un marcado acento francés, iba dirigida al soldado extranjero. La mayoría de los casos en los que estaban involucradas las fuerzas aliadas se asignaban a los pocos policías que hablaban inglés.

—¿La reconoce? —preguntó Emmanuel.

—Lavaba la ropa de la comisaría y de muchas pensiones pequeñas. La conocía —le tendió la mano a Emmanuel—. *Inspecteur Principal* Luc Moreau. ¿Usted es quien ha encontrado el cadáver?

—Sí.

—Su nombre, por favor.

—Comandante Emmanuel Cooper.

—¿Y se dirigía usted a...?

—A ese hotel de ahí —contestó Emmanuel, seguro de que el inspector francés ya se lo había imaginado.

—Han pasado... —Moreau miró la hora en un reloj de pulsera de oro— unas dos horas desde que ha llovido por última vez. Así que Simone lleva aquí más de dos horas. Sin duda otras personas han tenido que ver el cadáver. Y no han hecho nada. ¿Por qué usted ha alertado a la policía y se ha quedado esperando tanto tiempo en el lugar del crimen, comandante?

Emmanuel se encogió de hombros.

—No estoy seguro.

Los muertos eran un elemento más del paisaje de la guerra. Soldados y civiles, jóvenes y ancianos, se abandonaban sin ninguna ceremonia en los campos de batalla y entre los escombros. Pero aquella lavandera había desenterrado recuerdos de otra mujer indefensa abandonada mucho tiempo atrás.

—Simplemente me parecía que no estaba bien dejarla aquí.

Moreau sonrió y abrió el envoltorio de un chicle, un hábito adquirido de la policía militar estadounidense.

—Un asesinato es ofensivo incluso en época de guerra, ¿verdad, comandante?

–Puede ser.

Emmanuel dirigió la vista hacia el hotel. Detenerse a atender la muerte de Simone Betancourt no iba a reequilibrar los platos de la balanza de la justicia ni a borrar el recuerdo de los amigos caídos. Y sin embargo se había quedado allí. La temperatura había descendido. Por Dios, en ese mismo momento podría haber estado en la cama con una taquígrafa.

–Hágame un favor –dijo Moreau, que garabateó algo en una hoja y la arrancó–. Váyase con su chica. Beba. Coma. Haga el amor. Duerma. Si mañana sigue teniendo a Simone Betancourt en la cabeza, llámeme.

–¿Para qué? –contestó Emmanuel metiéndose el papel arrugado en el bolsillo.

–Se lo explicaré cuando me llame.

Las campanas de una iglesia dieron las once a lo lejos. Emmanuel se despertó con la boca seca y los brazos y las piernas relajados en medio de un revoltijo de sábanas. La taquígrafa morena, Justine, de Cergy, estaba de pie junto a la ventana, desnuda, devorando una tableta de chocolate de una de las raciones de combate. Su cuerpo era perfecto a la luz del deslumbrante sol de primavera que entraba por el cristal. Una cafetera con café adquirido en el mercado negro y un plato de pastelitos de mantequilla esperaban en la mesa. Justine volvió a meterse en la cama y Emmanuel se olvidó de la guerra, las injusticias y el miedo.

Cuando se despertó por segunda vez, Justine estaba dormida. Observó su plácido rostro, como el de un niño. Todos los componentes de la felicidad estaban presentes en aquella habitación, y sin embargo Emmanuel notó cómo le iba invadiendo la tristeza. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Justo debajo del inestable balcón de hierro forjado del hotel estaba el callejón adoquinado en el que Simone Betancourt había muerto bajo la lluvia.

Que una vida podía ser arrebatada tan fácilmente sin ninguna justicia y ningún reconocimiento era algo que había aprendido de niño. Dirigir a una compañía de soldados a través de una guerra había confirmado que nada es sagrado ni valioso. Era

extraño que, después de cuatro años de instrucción y de combate, el recuerdo de la muerte de su madre todavía acechara entre las sombras, listo para atacar al presente por sorpresa.

Emmanuel sacó el número de teléfono de Luc Moreau y alisó el papel. Iba a llamar al inspector, pero tenía la incómoda sensación de que estaba ocurriendo lo contrario: era a él a quien estaban llamando.